

Euskadi:

Debate sobre la cuestión nacional

Fuente: Materiales-*Crítica de la Cultura*- Sept.1977.

1.- Aranismo y Abertzalismo

A finales del siglo pasado, Sabino Arana da cuerpo a la ideología del nacionalismo vasco, que desde entonces va a estar presente en la escena política de Euskadi hasta la actualidad.

Prescindiendo de entrar en el análisis de las causas económicas y sociales que dieron lugar a su aparición y ciñéndome exclusivamente al tema del guión (relaciones aranismo-abertzalismo actual desde el punto de vista ideológico-político) hay que empezar constatando las manifestaciones externas que están más a la vista. En este sentido, es evidente que Sabino Arana y los grupos abertzales actuales dicen cosas distintas; unos hablaban de «Jaungoikoa eta Lagi Zarra» y otros hablan de «socialismo abertzale»; unos hablaban de la raza vasca y otros de la etnia o del pueblo vasco; unos hablaban de los maquetos a excluir y otros de los inmigrantes a integrar en la nación vasca. Ciertamente se dicen cosas distintas; ahora bien, ¿se puede afirmar que porque el aranismo inicial y el abertzalismo radical actual utilicen formulaciones distintas estamos ante dos ideologías distintas? Personalmente creo que no; ambos fenómenos tienen un tronco ideológico común: el *nacionalismo* que, con una u otra variante, consiste en hacer de la nación, de la nacionalidad vasca en nuestro caso, el elemento básico en torno al cual «se hace política».

Se pueden adoptar distintas posiciones a la hora de «hacer política». Una es tomar como punto de partida las clases sociales, el antagonismo entre ellas, o para decirlo con lenguaje más vulgar, la lucha de ricos y pobres; esta postura nos lleva inevitablemente a hacer del proletariado (utilizo aquí el término proletariado en sentido convencional y amplio incluyendo en él desde los marginados sociales hasta los desplazados del poder, pasando naturalmente por la clase obrera) el sujeto activo de las transformaciones sociales en base al cual se establecen tanto las reivindicaciones inmediatas como los objetivos globales de toma o destrucción del poder.

Desde otra posición, se puede tomar como punto de partida la nación, la nacionalidad, la patria que, obviamente, son realidades o conceptos distintos a los que basan la postura anterior. En esta última perspectiva será la defensa de la identidad nacional, distinta a la de otras nacionalidades con características étnicas y sociológicas distintas, el eje en torno al cual se establece el objetivo central de dotarse de un instrumento propio para preservar la identidad nacional en peligro.

Tanto el aranismo como el abertzalismo radical de la actualidad optan por esta segunda postura. La nación vasca, la patria vasca son los elementos centrales en torno a los cuales se hace política; por eso afirmo que el tronco ideológico es común a ambos: el *nacionalismo*, lo que no impide que las formas de manifestación de ese nacionalismo sean distintas; así por ejemplo, la raza vasca era para los aranistas el elemento diferenciador de la nación vasca frente a la española; la etnia, o incluso las excepcionales peculiaridades de la clase obrera vasca pueden servir a los abertzales radicales para marcar las diferencias entre España y Euskadi. En cualquier caso, los elementos diferenciadores, base de la concepción nacionalista, estarán siempre presentes de una u otra forma para fundamentar la política que se haga.

Junto a este tronco nacionalista común, el aranismo primitivo y

el abertzalismo radical actual mantienen también otra serie de características comunes. Es sabido que el nacionalismo vasco inicial, sobre todo en Sabino hasta poco antes de su muerte y posteriormente en su hermano Luis, se distinguió de otros nacionalismos peninsulares como el catalán y gallego por su fuerte radicalismo nacionalista que le llevaba a propugnar la independencia política total de Euskadi, y por su acusado ideologismo que le conducía a basarse en «ideas» más que en intereses y reivindicaciones de las clases sociales entre las que conseguía sus adeptos. En la obra de Sabino Arana encontramos abundantes materiales dedicados a la raza vasca, al misterioso origen de los vascos, a la religión, etc. y es raro encontrar programas económicos o incluso políticos que de una forma mínimamente coherente y precisa respondan a los intereses de la pequeña y media burguesía de la Euskadi de entonces. Asimismo, la atención que se dedica a estos temas en las publicaciones nacionalistas es muy pequeña, a diferencia de los nacionalismos catalán e incluso gallego que se configuran como más realistas y menos radicales desde el punto de vista estrictamente nacionalista, más reivindicativos y menos ideologistas, más ligados en definitiva a las clases que les servían de base social.

El abertzalismo actual posee también a mi entender, las características de ideologismo y radicalismo, aunque bajo formas bien distintas, que caracterizó al aranismo. Al igual que él, el actual abertzalismo se caracteriza por un radicalismo ideológico de matiz nacionalista o patriótico (abertzale) que predomina fuertemente sobre cualquier otra consideración. Tanto ETA-V durante los últimos años como más recientemente los grupos integrados en el KAS no han conseguido plasmar un programa que recoja, o refleje al menos, los intereses de las clases y capas entre las que tienen su base social y que pueden ser susceptibles de apoyar un proyecto nacionalista. Como consecuencia de esta falta de conexión se produce inevitablemente una autonomización de la ideología que necesariamente conduce al radicalismo.

La defensa de la independencia nacional de Euskadi será, tanto para los aranistas de finales de siglo pasado como para los abertzales de la actualidad, el objetivo prioritario a conquistar.

Hay por último una importante diferencia entre el sabinianismo primitivo y el abertzalismo actual que conviene tener muy en cuenta, sobre todo por las consecuencias políticas que pueden desprenderse de ello. Aun teniendo el mismo tronco común y compartiendo rasgos comunes como los expuestos anteriormente, el abertzalismo radical de nuestros días utiliza conceptos que son incompatibles con el nacionalismo. Así, las referencias al socialismo, al comunismo, la clase obrera, el proletariado, el internacionalismo, el marxismo y el leninismo, o incluso el anarquismo que aparecen más o menos regularmente según los casos en la literatura abertzale, nos indican claramente que los conceptos básicos en los que se apoya una concepción de la sociedad que parte de las clases y no de las naciones, y de la lucha de clases y no de los antagonismos nacionales, ha penetrado en el seno de la ideología nacionalista.

A partir de este momento, es inevitable que los elementos no nacionalistas incrustados en la ideología nacionalista actúen como factores desestabilizadores de ésta. No sería un fenómeno nuevo; ya se ha producido en más de una ocasión, en ETA precisamente, llevando incluso a la ruptura con el nacionalismo. Pero no tiene por qué ser necesariamente así, y mucho menos en la coyuntura actual en la que el espacio político a cubrir por un grupo abertzale que rompa con el nacionalismo es mucho más pequeño que el que podía tener hace algunos años, lo que lógicamente dificulta esa ruptura. Puede ocurrir también, y de hecho así está ocurriendo, que bajo una concepción globalmente nacionalista se utilicen los elementos teóricos y la metodología que sirve de fundamento a la lucha de clases para justificar con mayor coherencia formal precisamente al propio nacionalismo. Esta postura, con más o menos matizaciones, podría ser la que

actualmente caracteriza a la izquierda abertzale, con posibilidades de estabilizarse si no se plantea una batalla ideológica y política clara a la ideología nacionalista.

2. Alternativas políticas: el independentismo.

Otras soluciones.

La alternativa política, así como la solución jurídica que se defiende ante lo que comúnmente se suele llamar el «problema nacional» está en relación directa con la ideología que se tenga. Así pues, una ideología nacionalista consecuente que parte de la identidad nacional como valor fundamental a defender, es lógico que se proponga como objetivo central el dotarse del instrumento de poder necesario que permita consolidar esa identidad nacional propia como tal. Por el momento, el instrumento de poder político más eficaz que se conoce es el Estado. De ahí que el Estado propio, la independencia nacional, sea el objetivo global que sirva como punto de referencia en su acción política.

En el caso concreto de Euskadi, la reivindicación independentista juega un papel de primer plano de forma mucho más acusada que en otros nacionalismos peninsulares como el catalán o gallego. La razón ya la he expuesto antes al señalar el carácter más ideológico y radical del nacionalismo vasco, tanto en el aranismo como en el abertzalismo radical, en los que se da una autonomización de la ideología con respecto a los intereses y reivindicaciones específicas de las clases y capas sociales entre las que se desarrolla. En este marco general, otras soluciones distintas de la independencia nacional serán pasos intermedios, escalones graduales para acceder al objetivo final; y la aceptación de alternativas como la federal o la autonómica estará en relación directa con el grado de acercamiento que tengan al Estado nacional independiente.

Si partimos de otras bases distintas y fundamentamos las concepciones ideológicas y los objetivos políticos en las clases en

vez de en las naciones (que por muy estrechamente ligadas que estén son realidades distintas), la solución política al problema que plantean las nacionalidades minoritarias oprimidas en el seno de estados capitalistas desarrollados será distinta. El Estado, en esta perspectiva, no puede considerarse como algo propio de una nacionalidad o de un «pueblo» (entendiendo aquí por «pueblo», como hace la ideología nacionalista, el conjunto de rasgos diferenciadores que hacen a una colectividad distinta de otra) sino como algo propio de una clase o conjunto de clases que sirve para defender sus intereses, antagónicos con los de otras clases, y no la identidad nacional que no es antagónica con otras identidades nacionales. Desde este punto de vista, un mismo Estado puede ser compartido comúnmente por varias nacionalidades distintas y no puede ser compartido nunca por clases antagónicas.

En el caso concreto del Estado multinacional español, no creo que pueda afirmarse que la raíz de la opresión nacional que sufre tanto Euskadi como Cataluña y Galicia esté en la anexión de la potencia ocupante (España) sobre la nación invadida (Euskadi), en cuyo caso la alternativa independentista sería plenamente correcta. Por el contrario, la opresión nacional en Euskadi, así como en las demás nacionalidades peninsulares se produce en base a causas *no externas* a la propia nacionalidad oprimida, sino como consecuencia de la existencia de un Estado que es producto de la «colaboración» común de todas las nacionalidades que le componen (de sus clases dominantes, por supuesto). Lo que no impide que ese Estado resultante asegure su homogeneidad sobre la base de la lengua y los rasgos específicos de una sola de las nacionalidades que pasa a ser hegemónica sobre las demás, quedando éstas relegadas en el terreno lingüístico-cultural e incluso también en el control del aparato del Estado a un lugar secundario.

A mi entender, ésta y no otra es la raíz de la opresión nacional

en las nacionalidades del Estado español; y, de ser así, la solución a la situación de opresión nacional que tiene su origen en las causas expuestas no pasa por la separación y creación de un nuevo estado independiente sino por la reestructuración federal del estado común dotando a las nacionalidades oprimidas de una autonomía total para el tratamiento de todo lo que pueda estar relacionado con los rasgos específicos y diferenciales de una nacionalidad con respecto a las demás, sobre todo con la nacionalidad dominante. En este sentido, quiero mencionar la frase con que un conocido clásico del movimiento obrero sintetizaba su postura ante el problema nacional en los Estados multinacionales europeos cuando decía «la libre unión siempre que ello sea posible y la separación siempre que ésta sea necesaria».

No obstante, y con independencia de todo lo dicho, puede darse un supuesto (bastante hipotético en mi opinión) en el que la separación política sea una alternativa válida. En el caso de que la lucha de clases alcance en una nacionalidad una autonomía y dinámica propia tal que permita la consecución de un foco estable de poder obrero y popular inexistente en el resto de las nacionalidades y regiones, el Estado propio que garantice la defensa de esa nueva situación sería una necesidad inaplazable.

3. La contradicción abertzales-españolistas

Uno de los efectos que se desprenden de la ideología nacionalista, cualquiera que sea la forma en que se manifieste, bien sea en su versión racial, étnico-cultural o populista, es la introducción en el seno de las clases trabajadoras de una serie de contradicciones que, al no estar basadas en el propio antagonismo entre las clases, sino en criterios que priorizan por encima de cualquier otra consideración a la nación, la patria, etc., impiden, o cuando menos, entorpecen seriamente la unidad del movimiento obrero y popular.

La contradicción abertzales-españolistas hay que situarla en este marco. Mediante ella se divide, o mejor dicho se intenta dividir, a la sociedad vasca en dos bloques definidos en base a criterios de carácter nacional-patriótico y en los que la composición de clases de la sociedad no cuenta o pasa a un segundo plano diluida en lo «abertzale» o lo «españolista». Porque, evidentemente, puede haber «españolistas» (término con el que el abertzalismo radical designa a todo el que no defiende la necesidad de un Estado independiente vasco o plantea la lucha de clases a nivel de todo el Estado español) proletarios o burgueses, explotadores o explotados; y, simultáneamente, bastará defender a Euskadi, a la patria vasca y su Estado nacional por encima de todo para ser un buen patriota (abertzale). Tanto el término «abertzale» (patriota) como el de «españolista» y la posición antagónica entre sí de ambos, expresan categorías conceptuales propias de la ideología nacionalista. La nacionalidad, tanto la propia a la que hay que defender, como la vecina, de la que hay que defenderse, son los polos contradictorios en torno a los cuales se producen los antagonismos y las consiguientes luchas para su solución. Coherente con esta concepción, el esquema abertzales-españolistas no es más que la expresión actual en la práctica política de la contradicción, la falsa contradicción, Euskadi-España que sirve de fundamento ideológico al nacionalismo desde su nacimiento hasta nuestros días. De acuerdo con ella, la contradicción abertzales-españolistas es plenamente coherente, aunque igualmente falsa.

Sin embargo, y muy a pesar de la ideología nacionalista, no es el enfrentamiento entre los patriotas defensores de la unidad e independencia de Euskadi (abertzales) y los «españolistas» el que define los antagonismos que se producen en nuestra sociedad hoy. En Euskadi, como fuera de Euskadi, son las clases sociales, es decir, los que detentan y administran la riqueza y el poder por una parte y los que se encuentran marginados de ambos por otra, quienes componen los dos bloques que protagonizan la lucha

por el mantenimiento del sistema establecido o la transformación de la sociedad, dando lugar a la lucha de clases.

Las clases sociales, y no son una excepción las clases trabajadoras ni el proletariado, no se determinan socialmente ni se cohesionan políticamente nunca en base a los rasgos diferenciadores que una nacionalidad tiene con respecto a otras, y que el nacionalismo eleva a la categoría de principio, sino en relación al aparato de poder económico y político que, en cualquier formación social actual se vertebra y articula a través del Estado; y es en este marco estatal donde obreros y banqueros, jornaleros y terratenientes, proletarios y burgueses, poderosos y marginados luchan entre sí para dirimir sus antagónicas contradicciones.

No existen clases sociales abertzales ni españolistas porque no es la ideología, y menos la de carácter nacionalista o patriótica, lo que define a las clases sino su relación con el aparato de riqueza y de poder que el Estado respalda. No existe un paro y una inflación vasca y otra española ni se da una devaluación, un aumento del tipo de interés o una restricción de la circulación monetaria distintas para Euskadi o para España. Es decir, el marco de actuación de las clases no es otro que el del Estado, y en nuestro caso, nos guste o no, el del Estado español, por muy multinacional que sea, como efectivamente lo es, la composición sociológica de su población.

La lucha patriótica, la contradicción entre patriotas y «extranjeros», sólo tiene carácter progresista y revolucionario cuando existe una situación de invasión o de ocupación por parte de una potencia externa, o cuando menos, una situación de dominación de la que se beneficia un país extranjero como es el caso de la relación metrópoli-colonia. A mi entender, ni Euskadi está invadida por los españoles ni depende colonialmente de la metrópoli española, por lo que no existe contradicción alguna de carácter

nacional-patriótico entre Euskadi y España, entre los patriotas vascos (abertzales) y los «pro-españoles» (españolistas).

La contradicción abertzales-españolistas no es más que la expresión de la respuesta que el abertzalismo radical actual da a la opresión nacional que el Estado español, vertebrado sobre la base de la nacionalidad mayoritaria, ejerce sobre la nacionalidad vasca. Naturalmente, es una respuesta deformada por la ideología nacionalista y que no puede ser aceptada desde una postura de clase. No obstante, la opresión nacional sobre las nacionalidades minoritarias y periféricas es un hecho real cuya solución no puede ser abandonada a las fuerzas nacionalistas que operan con esquemas como el de abertzales-españolistas, entre otras razones porque, el primer efecto político de esta artificial contradicción es dividir a los trabajadores de Euskadi en base a criterios totalmente ajenos a su condición de clase e impedir la unidad con los demás trabajadores que tienen el mismo enemigo en el mismo Estado. La cuestión nacional vasca, al menos desde mi punto de vista, que se sitúa en posiciones comunistas, sólo puede ser planteada correctamente desde una perspectiva que la integre en la lucha global que el proletariado lleva contra su enemigo de clase (ya que no tienen ningún enemigo nacional, ni «españolista» ni de cualquier otro carácter similar) y que actúa, mediante su aparato de poder a nivel de todo el Estado español. Es en este marco estatal, precisamente por ser en él en el que se ejerce la dictadura de la burguesía, donde el proletariado queda homogeneizado como clase, por encima de la composición plurinacional que tenga, en su lucha contra el Estado del que se sirve la clase antagónica para ejercer su dominación, una de cuyas manifestaciones, entre otras, es la opresión nacional de las nacionalidades peninsulares.